

## EL CONCEPTO TEOLÓGICO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

CRISTOPH SCHÖNBORN  
ARZOBISPO DE VIENA

Se me ha propuesto hablar del concepto teológico del *Catecismo de la Iglesia Católica*. El mismo título de esta conferencia me suscita la primera cuestión. ¿Este catecismo es un proyecto teológico? ¿Contiene un concepto que forma parte de otros conceptos, de varios proyectos teológicos? ¿Es el concepto de una cierta escuela de teología? ¿De una escuela romana, si existe en cuanto tal? ¿O de una teología “Ratzingeriana”? ¿Deberá ser puesto en discusión con otros conceptos teológicos, por ejemplo el “Rahneriano” o el “Balthasariano”? ¿Este Catecismo es producto de un concepto europeo de teología, distinto del concepto asiático, africano o latinoamericano? Esta cuestión, puesta tantas veces, nos lleva al corazón del tema que nos ocupa. Expongámoslo pronto: el *Catecismo de la Iglesia Católica* no quiere ser y no debe ser el fruto de un cierto concepto teológico, más bien se coloca a un nivel que precede a los conceptos teológicos y los fundamenta. Desde el principio de nuestra reflexión debemos aclarar esta distinción fundamental –tan a menudo olvidada en la teología contemporánea– entre la doctrina de la fe y su expresión teológica. El Catecismo no se sitúa en el plano de las teologías, necesariamente plurales, sino en el plano de la regla de la fe, *Regula Fidei*, que es necesariamente una sola, si existe una sola fe.

En el trabajo del Comité de Redacción del Catecismo había, entre los criterios de redacción, uno que ocupaba el primer lugar: es materia del Catecismo lo que es enseñanza de la Iglesia, doctrina de la fe. Todo aquello que es considerado como perteneciente a una escuela de teología debe ser separado del Catecismo. Os doy dos ejemplos.

1) En las numerosas reacciones al ‘proyecto revisado’ que había sido sometido a la consulta del Episcopado de la Iglesia Universal, se pidió varias

veces que se introdujera en el Catecismo la llamada “doctrina psicológica” de san Agustín sobre el misterio de la doctrina de la Bienaventurada Trinidad, es decir, la atribución de las facultades del alma a las tres personas divinas: la memoria a Dios Padre, el conocimiento al Hijo y la voluntad al Espíritu Santo. En el Catecismo no se encuentran trazas de ello. ¿Por qué? ¿Por qué esta omisión mientras que toda la teología de la Iglesia latina, a través de todas las escuelas, ha reiterado esta doctrina agustiniana? La respuesta es clara: porque la Iglesia no ha considerado jamás esta doctrina como parte del depósito de la fe o de la regla de la fe, es decir, de la enseñanza ordinaria del Magisterio de la Iglesia. Ningún concilio, ninguna enseñanza pontificia ha asumido esta doctrina como parte de la doctrina de la fe. Queda una explicación teológica, muy venerable, pero teológica. Todo el oriente cristiano cree en el misterio de la Santísima Trinidad sin hacer, sin embargo, referencia a esta explicación teológica.

2) En el primer proyecto de la primera parte del Catecismo, el artículo del Credo sobre el descenso de Cristo a los infiernos ha sido fuertemente marcado por la teología de Hans Urs von Balthasar. La Comisión del Catecismo, de la cual dependía el Comité de Redacción –y que había sido encargada por el Santo Padre de velar por la realización del Catecismo–, rechazó claramente tal aproximación considerándola como demasiado ‘teológica’. En efecto, esta enseñanza del célebre teólogo y cardenal es el caso típico de una teoría teológica, de un ensayo para explicar qué es la fe en una reflexión teológica. Y aunque muchos teólogos en nuestros días han adoptado esta teoría teológica, no por ello forma parte del depósito de la fe, ni de la doctrina de la fe. El texto definitivo sobre este artículo del símbolo de los Apóstoles no conserva ninguna señal del acercamiento Balthasariano al misterio del descenso a los infiernos.

¿Cuál es, pues, el concepto teológico del Catecismo? El género literario del Catecismo presupone una distinción clara entre la doctrina de la fe y el trabajo teológico. Es urgente volver a la distinción que santo Tomás hace, tan claramente, en su famosa cuestión de la Suma. Para santo Tomás es claro que los artículos de fe, resumidos en el Credo, no constituyen sentencias teológicas sino los principios mismos sobre los cuales se debe basar toda la reflexión teológica. Los artículos de la fe tienen el mismo cometido que los axiomas en las ciencias naturales. Son los presupuestos de toda reflexión teológica, la cual no los formula sino que tiene por tarea explicarlos, explicar su alcance, los lazos mutuos, el significado del obrar humano, etc. La teología no juzga los principios, sino que trabaja a la luz de tales principios.

El Credo, se podrá objetar, el símbolo de los Apóstoles con sus doce artículos, con sus tres capítulos concernientes al Padre, al Hijo y al Espíritu

Santo, es extremadamente breve y conciso. Por el contrario, el Catecismo con sus 2.865 números es un libro bastante voluminoso. ¿Es necesario considerar todo esto como axiomático, principios primordiales de la teología? ¿Es verdaderamente posible distinguir claramente la doctrina de la fe y las enseñanzas teológicas? El *Catecismo de la Iglesia Católica* pertenece a una cierta época, con sus preguntas e interrogantes, con sus acentos que dependen de las circunstancias de los tiempos. ¿Es preciso tener en cuenta todo esto en el ámbito de la fe, de la doctrina de la fe? ¡Distingamos! Los cuatro pilares del Catecismo constituyen sin ninguna duda las fuentes de la vida, de la fe, de la enseñanza de la Iglesia y de la teología. Estos cuatro pilares tienen verdaderamente el carácter de axiomas o presupuestos para todo trabajo de teología. En efecto, el Credo, los siete sacramentos, los diez mandamientos, las siete peticiones del Padrenuestro, deben ser estrictamente comunes a toda la Iglesia, a todos los fieles. Esto es la expresión, condensada, de lo que la Iglesia cree y de lo que ella vive. También sabemos que estos cuatro pilares forman lo esencial de la catequesis bautismal de la Iglesia antigua y del actual Rito de iniciación de adultos. ¿A qué nivel se sitúa, entonces, el Catecismo? Es algo más que esa condensación que representan los cuatro pilares, pero no por esto se coloca en el plano del trabajo propiamente teológico. En las cuatro partes del Catecismo, encontramos exposiciones sobre lo que la Iglesia enseña a propósito de los cuatro pilares. Casi siempre la exposición presenta sencillamente la enseñanza ordinaria de la Iglesia y de su Magisterio. Algunas veces la exposición expone enseñanzas que deben ser consideradas extraordinarias, como formando parte del Magisterio solemne de la Iglesia. Pero es siempre la enseñanza de la Iglesia lo que el Catecismo quiere presentar.

Se sigue de ello que el teólogo en su trabajo de exposición, de defensa, de argumentación racional de la fe, debe referirse constantemente a esta fuente que es el *Catecismo de la Iglesia Católica*. Un bello ejemplo de tal uso es la *Simbólica* de Johann Adam Möhler, obra maestra de la teología del siglo XIX. Möhler se refiere constantemente al Catecismo del Concilio de Trento cuando quiere exponer la enseñanza de la Iglesia Católica. El *Catecismo de la Iglesia Católica* es, por así decirlo, la materia base para el trabajo del teólogo.

Se objetará, tal vez, que es sobre todo la Biblia la fuente principal de la teología. Es verdad que el concilio Vaticano II nos enseña que la Biblia debe ser como el alma de la teología (cf. DV 24). Pero es necesario también recordar lo que dice el Catecismo en el n. 108: “La fe cristiana no es, sin embargo, ‘una religión del Libro’”. El cristianismo es la religión de la ‘Palabra’ de Dios, ‘no de un verbo escrito y mudo, sino del Verbo encarnado y vivo’. Para

que las Escrituras no queden en letra muerta, es preciso que Cristo Palabra eterna del Dios vivo, por el Espíritu Santo, nos abra el espíritu a la inteligencia de las mismas (cf. Lc 24,45)<sup>1</sup>. No es el libro en cuanto tal la fuente, sino la Palabra viva de Dios, Palabra hecha carne y que ha habitado entre nosotros. Y es en la fe de la Iglesia, que es su cuerpo, donde la Escritura se hace inteligible por obra del Espíritu Santo. A tal fuente viva se accede con la transmisión de los cuatro pilares de la fe en la catequesis bautismal. Fuera de la Iglesia y de su fe viva, la Escritura no puede ser fuente de agua viva.

Se podrá, también, objetar que el *Catecismo de la Iglesia Católica* es demasiado voluminoso para ser la guía sencilla hacia la fe de la cual tienen necesidad los fieles. Estoy totalmente de acuerdo con esta objeción y comprendo que es muy urgente que tengamos un catecismo breve, basado en el *Catecismo de la Iglesia Católica*. Pero, para ello, necesitamos el genio y la santidad de un Pedro Canisio o de un Roberto Belarmino o de un santo Toribio de Mogrovejo. Después de diez años de esta 'carrera de gigante' del *Catecismo de la Iglesia Católica*, nos es necesario, ahora, el pequeño catecismo correspondiente. Pedimos humildemente al Santo Padre que se realice, si lo juzga útil y necesario. Pero mientras tanto, constatamos con alegría que muchos fieles, aun sin una gran instrucción, se sirven del Catecismo y encuentran en él consuelo y luz para su fe y vida cristiana.

Veo otra urgencia. En la Instrucción Apostólica post-sinodal *Pastores dabo vobis* 62 se había ya recomendado vivamente que el Catecismo sirviese como instrumento de formación de base, en el primer año de Seminario, para el año propedéutico o para el curso introductorio a la Teología. La experiencia demuestra que hoy el recurso al Catecismo es de una importancia primordial para los jóvenes estudiantes de teología. Un buen número de ellos no ha recibido la formación religiosa suficiente en sus familias, en la escuela, o en la catequesis parroquial. Tienen necesidad vital de una visión de conjunto sobre la fe y la vida cristiana y ¿quién mejor se lo puede ofrecer que el *Catecismo de la Iglesia Católica*? En la actual formación teológica, en nuestras facultades e institutos de teología, existe el riesgo de un cierto enciclopedismo, con falta de cohesión y de sentido por el *nexus mysteriorum*. Los estudiantes de teología corren el riesgo de estar sumergidos en un gran número de aproximaciones, de ideas, de escuelas, pero muy raramente reciben una mirada de conjunto, la mirada de la fe que muestra la cohesión de lo que creemos con lo que la Iglesia enseña. El Catecismo es el instrumento ideal para un primer encuentro de conjunto de todo lo que después será expuesto

---

<sup>1</sup> CCE 108.

en las diferentes materias de la enseñanza teológica. En efecto, en sus cuatro partes, tan estrechamente ligadas entre sí, todos los ámbitos de la teología están abordados: la teología fundamental y el dogma en la primera parte; la liturgia y los sacramentos en la segunda parte; la moral fundamental y la moral especial en la tercera; la vida espiritual y la vida de oración en la cuarta. Me parece, por lo tanto, de una importancia primordial para el porvenir de la formación teológica en la Iglesia que esta recomendación de *Pastores dabo vobis* 62 se aplique a todos de forma obligatoria. Veo en ella también un medio importante para impedir la tendencia que encuentro peligrosa de oponer las teologías regionales entre sí y con el Magisterio. Si es legítimo desarrollar una teología asiática, india o una teología africana, latinoamericana, con acentos propios que correspondan a los retos propios de estos continentes, es tanto más importante que se mantenga la unidad de la fe a través de la unidad de la enseñanza de la doctrina de la fe. El Catecismo no es ni europeo ni romano (en el sentido de un regionalismo teológico); es universal, católico, puesto que representa la enseñanza común de la doctrina de la fe de la Iglesia.

Veo, todavía, un papel importante del Catecismo en la enseñanza de la teología. Pienso que sería muy deseable y provechoso que, en el momento final de los estudios de teología, se volviese al *Catecismo de la Iglesia Católica* que permita a los estudiantes hacer una síntesis del conjunto de sus estudios, permitiéndoles tener de nuevo una mirada de conjunto, enriquecida con las aportaciones de las diferentes materias de teología estudiadas durante estos años. Aquello que en los antiguos cursos de teología —en el examen final de teología— se llamaba *De universa*, podría ser hoy el *Catecismo de la Iglesia Católica*, instrumento excepcional para conocer y amar la sinfonía de la verdad (san Ireneo). Constatamos, con gran reconocimiento, las numerosas iniciativas en el mundo entero para favorecer la utilización del Catecismo en la enseñanza de la teología, en la catequesis y en la enseñanza escolar. No hay duda, sin embargo, que el Catecismo debe, todavía, encontrar su espacio entre los instrumentos de base de la enseñanza teológica.

## I. UNA VISIÓN DE UNIDAD

El *Catecismo de la Iglesia Católica* nace de una convicción firme de la Iglesia: la de la unidad, la unidad de la fe. Los Padres del Sínodo extraordinario de 1985 han avanzado este argumento a favor de un Catecismo del concilio Vaticano II. El cardenal de Boston, B. F. Law fue, si recuerdo bien, el primero en lanzar esta idea. Su argumentación era tan sencilla como convin-

cente: en un mundo que se convierte en 'aldea global', donde los jóvenes viven en una cultura globalizada, ¿por qué no confiar en la unidad de la fe y en la posibilidad de expresarla en común, con una sola voz, un solo corazón? En efecto, si la fe es una, esta unidad debe reflejarse en la expresión de la fe. Si hay una sola fe, ésta no puede separarse de un lenguaje común, soporte y medio de una comprensión común de la fe. El Catecismo insiste, repetidamente, en esta unidad que es expresada y se mantiene a través del tiempo y del espacio. He aquí lo que el Catecismo dice: "La Iglesia, que es 'columna y fundamento de la verdad' (1Tm 3,15) guarda fielmente 'la fe transmitida a los santos de una vez para siempre'". Ella es la que guarda la memoria de las palabras de Cristo, la que transmite de generación en generación la confesión de fe de los apóstoles. Como una madre que enseña a hablar a sus hijos y con ello a comprender y a comunicar, la Iglesia, nuestra Madre, nos enseña el lenguaje de la fe para introducirnos en la inteligencia y la vida de la fe"<sup>2</sup>.

El proyecto del Catecismo es, pues, el fruto de esta convicción y lo expresa refiriéndose a uno de los grandes testigos de la unidad de la fe, san Ireneo de Lión. Permítanme citar aquí estos cuatro artículos del Catecismo que conforman la conclusión de la primera sección: "Desde siglos, a través de muchas lenguas, culturas, pueblos y naciones, la Iglesia no cesa de confesar su única fe, recibida de un solo Señor, transmitida por un solo Bautismo, enraizada en la convicción de que todos los hombres no tienen más que un solo Dios y Padre. San Ireneo de Lión, testigo de esta fe, declara: "La Iglesia, diseminada por el mundo entero hasta los confines de la tierra, recibió de los Apóstoles y de sus discípulos de la fe (...) guarda diligentemente la predicación (...) y la fe recibida, habitando en una única casa; y su fe es igual en todas partes, como si tuviera una sola alma y un solo corazón, y cuanto predica, enseña y transmite lo hace al unísono, como si tuviera una sola boca"<sup>3</sup>.

San Ireneo está, pues, convencido de que la fe única no es sólo cuestión del corazón y del alma, sino que se expresa también con una voz unánime y, por supuesto, con un lenguaje común. La diversidad de culturas y de lenguas no excluye la expresión común de la fe. San Ireneo insiste en ello con fuerza: "Porque, aunque las lenguas difieren a través del mundo, el contenido de la tradición es uno e idéntico. Y ni las Iglesias establecidas en Germania tienen otra fe u otra Tradición, ni las que están entre los íberos, ni las que están entre los celtas, ni las del Oriente, de Egipto, de Libia, ni las que están esta-

---

<sup>2</sup> CCE 171.

<sup>3</sup> *Ibíd.*, 172-173.

blecidas en el centro del mundo...” “El mensaje de la Iglesia es, pues, verídico y sólido, ya que en ella aparece, un solo camino de salvación a través del mundo entero”<sup>4</sup>.

Desgraciadamente San Ireneo no nos dice dónde se encuentra el centro del mundo. ¿Era tal vez la Galia, donde él se estableció? ¿O era su Antioquía natal, o Jerusalén? ¿O era, para este ciudadano romano la ciudad de Roma, el lugar de martirio de los confesores de los Apóstoles, la Iglesia de Roma en la cual, según las mismas palabras de San Ireneo, todas las iglesias deben conocer por causa de su “Capitalidad” (*propter principalitatem eius*)? Lo importante es que hay un solo y único camino de salvación, aparecido a través del mundo entero. Y es este camino el que debe ser anunciado en todas partes a fin de que todos los caminos puedan conducir a la salvación. “Esta fe que hemos recibido de la Iglesia la guardamos con cuidado, porque sin cesar, bajo la acción del Espíritu de Dios, como un contenido de gran valor encerrado en un vaso excelente, rejuvenece y hace rejuvenecer el vaso mismo que la contiene”<sup>5</sup>.

Imagen impresionante la que utiliza aquí san Ireneo: la fe recibida de la Iglesia no es un depósito estéril y sin vida; al contrario, tiene la fuerza de renovar, rejuvenecer el vaso que la contiene. La fe, depósito precioso recibido de la Iglesia, a nosotros confiada para ser guardada con cuidado, tiene el poder de vivificar, de renovar sin cesar su recipiente, el vaso que la contiene. Pienso que esto es un punto esencial para una buena comprensión del Catecismo. Pienso, igualmente, que esta intuición de san Ireneo nos permite comprender mejor por qué la idea misma del Catecismo, del género literario del Catecismo, ha sido rehusada, rechazada, durante todo un período reciente de la Iglesia. Trataré de explicarme.

## II. LA FE, CAMINO DE NUEVA ESPERANZA

A pesar de esta visión de san Ireneo, fuerte y entusiasta, de la unidad de la fe, tantas y tantas veces verificada por la experiencia cristiana, el rechazo de la idea misma de un Catecismo permanece, desgraciadamente, muy frecuente, por lo menos en los países germanófonos y sobre todo en el ambiente oficial de la Catequesis. Dos obispos austriacos se encuentran actualmente comprometidos en un difícil proceso de revisión de los cursos de religión

---

<sup>4</sup> CCE 174.

<sup>5</sup> *Ibíd.*, 175.

en la enseñanza secundaria. El punto principal de controversia es precisamente el sentido de la unidad, de la organización, de la sinfonía de la fe. Desde hace muchos años luchamos con los proyectos de la enseñanza religiosa escolar, hecha de fragmentos y trozos, que rehúsan aparentemente o explícitamente la idea misma de coherencia, de organización. Estamos en la época de los *flash-lights*, de las puntualizaciones, de las impresiones y ensayos. La Biblia está troceada. No se presenta como la historia de Dios con los hombres, como el proyecto de Dios con el mundo y la humanidad. Son piezas y trozos escogidos aquí y allí que dan la triste impresión de ser selecciones arbitrarias. Sucede lo mismo con los temas de la fe. Es imposible que los alumnos comprendan la fe como un todo orgánico, que exige una vida de fe coherente en todos los aspectos de la vida. Este concepto de enseñanza religiosa y de catequesis ha borrado la idea misma de la unidad de la fe. No sorprende entonces que el Catecismo no sea acogido en los ambientes de la Catequesis oficial. Es la idea misma del Catecismo la que es rechazada. Si se quiere desacreditar un acercamiento catequético en los países de lengua alemana, es suficiente definirlo como una 'vuelta o regreso al Catecismo' para acabar con él definitivamente.

Para remediar esta situación tan dañina sería necesario estudiar con detalle las razones del cambio radical en la evolución catequética que se ha operado en los años 60. ¿Por qué a partir de un cierto momento, el género literario del Catecismo ha sido rechazado como tal? El cardenal Ratzinger analizó las razones en su famosa conferencia de París y Lión en 1983, conferencia que tuvo un eco considerable en el mundo entero, contribuyó fuertemente a rehabilitar la idea del Catecismo y abrió el camino a la propuesta de un Catecismo universal durante el sínodo de 1985. El cardenal Ratzinger ve en el predominio de la experiencia sobre la transmisión de la fe, una de las razones del rechazo del género literario del Catecismo y de la sacudida de la catequesis clásica. Permítanme detenerme un momento en este punto.

Entre nosotros la catequesis está actualmente dominada por el método llamado 'de la experiencia' que busca realizar digresiones entre la fe y la vida, entre la experiencia de la vida y las contribuciones de la fe. Contra este método, en principio, no hay objeción. Es obvio que la fe y la vida se iluminan recíprocamente; pero de hecho, lo que resulta es una preponderancia unilateral de lo 'vivido' por los jóvenes de hoy. La luz que aporta la fe a tales experiencias a menudo se reduce a lo incierto y sobre todo no permite una exposición orgánica de la fe. Se queda en los *flash-lights*, puesto que las experiencias de las que se parte están lejos de ser coherentes entre ellas y sobre todo con la fe. Es evidente que la catequesis se debe referir a lo vivido por los oyentes pero su fin primordial es superar tal visión para dirigirse hacia lo



que, por su misma naturaleza, no cae bajo la experiencia diaria. La fe conduce a otra parte, abre horizontes nuevos, desconocidos y, por ello mismo, abre espacios de experiencias que la experiencia cotidiana ignora. En términos teológicos: la fe es la respuesta a una revelación inaudita. Partiendo de la experiencia vivida por los jóvenes de hoy es casi automático que no se llegue a la fe revelada.

Admitámoslo: la experiencia de los jóvenes en nuestra sociedad contemporánea está, a menudo, tan lejos de los presupuestos y de los valores del Evangelio que es difícil partir de sus experiencias para alcanzar el mensaje evangélico. Tengo la impresión de que el Evangelio aparece, más todavía que en la época de su primer anuncio, como un contrasentido, algunas veces contradiciendo lo que se vive actualmente. Por el contrario, aun yendo contracorriente, abre horizontes nuevos, introduce en un mundo nuevo y, por consiguiente, introduce en experiencias nuevas frutos de las nuevas realidades que trae la fe. La fe transmitida por la Iglesia no es un conjunto de doctrinas fijas para transmitir una detrás de otra sino que es el advenimiento de una nueva realidad inaudita, creadora, regeneradora. Pienso que para muchos jóvenes de hoy y para nuestra sociedad occidental, descubrir la fe es también descubrir un mundo nuevo que engendra percepciones y experiencias nuevas. Es verdad que la catequesis debe siempre esforzarse por ser el lazo entre la fe y la experiencia pero la fe nos muestra que es preciso primero entrar en una realidad nueva para poder acceder a ciertas experiencias. Y es gracias a la fe como las experiencias se iluminan, se corrigen y se enriquecen.

Creo que estamos ante una cuestión parecida a la de la inculturación. En la encíclica *Fides et ratio*, el Santo Padre ha iluminado maravillosamente bien esta cuestión (sobre todo en el n. 70ss). Cuando la fe entra en la cultura se opera una transformación de la cultura, que es como escogida por la dinámica nueva de la revelación y de la vida cristiana. La fe abre la cultura y la ayuda a superarse a ella misma, la hace entrar en perspectivas y percepciones nuevas que la transforman desde el interior. De hecho la fe no es solamente recibida en las culturas, es también y sobre todo creadora y generadora de nuevas culturas. ¿Cómo lo hace? Creo que fundamentalmente siguiendo dos direcciones. Una, abriendo el particularismo de las culturas, que comporta siempre un cierto riesgo de aislamiento, hacia lo universal de la verdad. En este sentido, la fe es la garantía de la universalidad de la razón. Siendo la fe luz divina para iluminar el camino del hombre, saca a la luz la universalidad de la verdad que el particularismo cultural trata de oscurecer. En este sentido, la fe es la garantía de una comunión universal en la búsqueda y en la adhesión a la verdad.

La otra dirección es que la fe tiene una fuerza transformadora de la vida humana. Ella trae y exige un nuevo comportamiento, a través de la gracia divina da fuerza para un nuevo obrar, para una manera de ser diferente del hombre encerrado en los particularismos de un modo fragmentado. La fe no transforma solamente la vida individual sino que pide encarnarse en las nuevas estructuras, quiere actuar como fermento en todos los ámbitos de la sociedad. Como tal, la fe engendra una cultura nueva, cristiana, diferente del mundo pagano. Tal vez estamos demasiado habituados, en estas tierras de vieja cristiandad, a los efectos de una larga y lenta inculturación de la fe cristiana en nuestros países. No nos damos cuenta suficientemente de hasta qué punto nuestra sociedad está impregnada de cultura cristiana, cuántos comportamientos sociales y comunitarios que consideramos como valores en sí se deben a esta paciente transformación de las costumbres y de la escala de valores producida por los siglos de fe cristiana. En la medida en que la influencia de la fe cristiana se debilita, pierde su sabor y su fuerza y se hace más necesario proponer la fe de una manera diferente, al mismo tiempo como conocimiento y vida nueva.

¿Cuáles son las consecuencias de todo esto para el Catecismo? ¿Cuál es el papel providencial del *Catecismo de la Iglesia Católica* en la coyuntura actual? Permítanme acabar mis reflexiones dando tres indicaciones acerca del fraccionamiento y la importancia del Catecismo hoy en día.

1) En una época de fragmentación del saber y de las experiencias, tanto en la sociedad como en la Iglesia, es de primordial importancia volver a la narración del plan de Dios. El gran modelo está en la *anámnesis* litúrgica, que coloca nuestra vida y nuestro tiempo en el gran arco del designio salvífico de Dios. Debemos intentar narrar el plan de Dios de una manera coherente, si no cedemos el puesto a nuevos mitos que pretenden contar los orígenes y el principio de la historia. El deber de la catequesis y, en consecuencia, del Catecismo es esta narración del plan de Dios que nos revela la fe. El Credo, símbolo de los Apóstoles, fundamento de la primera parte del Catecismo, nos da un buen ejemplo. No en vano los catecúmenos reciben sobre todo el símbolo de la fe que contiene, en resumen, el conjunto del plan de Dios. Acogiendo el símbolo de la fe, nosotros recibimos también nuestro lugar en la historia, en este gran drama del proyecto de Dios, encontrando nuestro papel en la historia de la salvación. Y nos damos cuenta de que es una historia nueva, diferente de la que nos cuenta el mundo, de aquella que creíamos era nuestra historia.

La segunda parte del Catecismo sobre la liturgia y los sacramentos nos permite entrar en el plan de Dios mediante lo que el Catecismo llama "la economía sacramental". La historia de la salvación, el proyecto de Dios, se

actualiza, se hace presente en la vida de la liturgia y de los sacramentos. Por el bautismo nos hacemos partícipes de la historia de Dios con la humanidad, entramos en el proyecto de Dios sobre nosotros.

La catequesis no debe renunciar a esta visión de conjunto sin la cual nuestros jóvenes, y en general los fieles, corren el riesgo de no conocer el lugar que Dios les tiene destinado en su proyecto.

2) La tercera y cuarta parte del Catecismo ponen las bases de una cultura y de una experiencia cristiana. En efecto, toda la parte moral, titulada *La vida en Cristo*, habla de una vida nueva en la cual la economía divina nos engendra a través de los sacramentos. El obrar moral del cristiano es visto en la perspectiva de una vida nueva, de una cultura nueva, que se construye sobre las nuevas bases de lo que Dios ofrece con la revelación y la gracia del Redentor. Aunque es verdad que esta cultura cristiana corre el riesgo para muchos de ser una tierra desconocida, un mundo ignorado, es tanto más importante hacer referencia a la experiencia cristiana; lo vemos en la cuarta parte acerca de la oración cristiana, la más rica en la experiencia nueva de la vida cristiana.

El papa Pablo VI ha insistido en la importancia del testimonio que, hoy en día, habla más al hombre que la enseñanza de la doctrina cristiana. Es verdad que los jóvenes en particular tienen necesidad de la experiencia, de lo vivido, para poder recibir el Evangelio. Por eso la catequesis tiene necesidad vital de ejemplos de vida cristiana, de la referencia cristiana vivida. La catequesis deberá tener como punto de partida esta experiencia, en particular el testimonio de la nueva vida, la felicidad que ella trae, las transformaciones visibles, manifiestas, que ella produce. El *Catecismo de la Iglesia Católica* quiere enardecer a los catequistas a referirse a la experiencia cristiana ofreciendo con frecuencia citas de santos y santas de la Iglesia. En sus experiencias se encarna la enseñanza católica haciéndose realidad palpable y visible. Creo que en el espíritu del Santo Padre las numerosas beatificaciones están ligadas con su llamada urgente e incesante a la nueva evangelización. De estos ejemplos de vida cristiana, la catequesis podrá obtener mucha fuerza para responder a la necesidad de lo 'vivido' que tienen nuestros jóvenes. La fuerza inigualable del papa Juan Pablo II en su relación con los jóvenes es, ciertamente, un ejemplo viviente para ellos, una catequesis de carne y hueso, que les habla más de lo que es la experiencia y la fe cristiana que cualquier enseñanza teórica.

3) Vivimos en una época de grandes globalizaciones. Todo el mundo habla de ello. Todos la experimentamos. Pero ¿en qué dirección va esta globalización? Las inquietudes a este respecto surgen a veces de manera violenta a propósito de las grandes cumbres económicas. No es nuestra manera de

reaccionar al reto de la globalización. Desde sus comienzos el Evangelio de Jesucristo ha sido destinado a todos los pueblos, para que todos sean sus discípulos. El día de Pentecostés todos los pueblos están simbólicamente presentes en el momento del nacimiento de la Iglesia. Con su mirada en el plan de Dios, la fe cristiana, según la fe de Israel, ha creído siempre y confesado que el género humano es uno, con un origen común, con una naturaleza humana común, con el privilegio de una dignidad inalienable —igual para todos los miembros de esta humanidad—, destinada a ser una sola familia humana, a ser la familia de Dios, de la cual la Iglesia es el germen y el principio. A tenor del concilio Vaticano II, en el que la Iglesia ha tomado conciencia como nunca hasta el momento, de su universalidad, de su destino de ser sacramento universal de salvación, la Iglesia ha querido expresar su fe en un 'Catecismo universal', en un Catecismo que quiere ser decididamente católico, para toda la Iglesia, expresión de su catolicidad, de su única fe destinada a toda la humanidad, instrumento del anuncio de la Buena Nueva a todas las naciones para, desde ella, hacer discípulos de Jesús y enseñarles todo lo que Él mismo enseñó. No es un proyecto pequeño, pero el Evangelio no nos permite ignorar tal exigencia. Con alegría y acción de gracias podemos decir, diez años después de su promulgación por el Santo Padre, que el *Catecismo de la Iglesia Católica* ha mostrado ser un magnífico instrumento de este gran proyecto de la nueva evangelización.